



*Retrato de un
caballero escocés*



EVIE DUNMORE

Libros de
seda

Para mamá y Oma.

Capítulo 1

Londres, agosto de 1880

Mientras merodeaba por la calle frente al edificio del ayuntamiento de Chelsea en el que estaba a punto de colarse, acalorada bajo la capa de lana, Hattie Greenfield no pudo evitar acordarse de la última vez que había dado esquinazo a su guardaespaldas. El resultado había sido que se había acabado involucrando en un altercado con un policía estúpido y agresivo y, como resultado, una querida amiga que la había defendido había acabado en la prisión de Millbank. Imaginaba, pues, que las aventuras más peligrosas empezaban despistando al señor Graves. Peligrosas y, por supuesto, estupendas.

Miró la puerta lacada al final de los escalones de piedra. Las fauces de los leones forjados en hierro que sujetaban la aldaba tenían unos dientes absurdamente largos y afilados. Esa advertencia de que estaba a punto de adentrarse en la guarida del león era demasiado patente en el caso de una persona como ella, selectivamente supersticiosa. Pero, esta vez, la aventura que le aguardaba no era una marcha a la plaza del Parlamento por los derechos de las mujeres, peligrosa ya de por sí, sino una visita privada a una galería de arte. Sin el más mínimo peligro intrínseco.

Se levantó las faldas con una mano e inició el ascenso.

Sus amigas señalarían que la galería era propiedad del señor Blackstone, un hombre al que la alta sociedad, y sobre todo la nobleza, había bautizado como Belcebú, y que, de paso, era un encarnizado rival de su padre en los negocios. Y no, no sería nada bueno que se la viera en la exposición sobre los prerrafaelitas sin compañía alguna.

No obstante, era más que probable que el señor Belcebú no estuviera allí; de hecho, muy pocas personas lo habían visto en carne y hueso. Además, se había registrado para la visita como la señorita Jones, estudiante

de Ciencias Clásicas en Cambridge, y no como Harriet Greenfield, estudiante de Arte en Oxford y heredera del banquero del mismo apellido. Y por si fuera poco lo anterior, la visita completa a la galería de arte y antigüedades incluía a un buen puñado de jóvenes artistas y entendidos, y muy probablemente a las carabinas de las jóvenes; la invitación indicaba que los estaba haciendo esperar. La visita estaba programada para las dos en punto, y le parecía que el pequeño reloj de bolsillo que llevaba en el bolsillito del vestido le estuviera haciendo un agujero en el corpiño.

El ruido sordo de la aldaba debió de pasar desapercibido en el interior de la galería. Hizo sonar el timbre.

Silencio.

Empezó a dar golpecitos nerviosos con los zapatos planos, algo mojados, que le asomaban bajo la falda. Seguramente había empezado la visita sin ella. Se había bajado del coche de punto, atrapado sin remedio en el atasco provocado por la lluvia y el tráfico muy poco después de salir de la estación Victoria, y, echándole mucho valor, había hecho a pie y a toda prisa el kilómetro restante... ¿Para nada? El golpeteo del hierro contra la puerta de roble se volvió insistente.

O igual le había pasado otra vez. Buscó con gesto convulso el retículo que guardaba entre los pliegues de la capa y sacó la invitación. Muy concentrada, miró la dirección que figuraba en el sobre y después volvió a fijarse en el número de la casa. Seguía siendo el número doce de la plaza Carlyle. Era una plazuela pequeña, y dudaba de que hubiera una casa con el número veintiuno. Volvió a llamar una vez más. Y otra.

Y, de forma de lo más inesperada, la pesada puerta se abrió de repente.

El hombre que la miraba no era un mayordomo. Tenía el cabello, algo canoso y con entradas, desaliñado, y llevaba un delantal lleno de manchas de colores. Además, olía intensamente a... ¿cera? Hizo un gran esfuerzo para determinar si aquella cara podía resultarle familiar, si era alguien que compartía los mismos círculos artísticos. Por otro lado, la mirada con la que la observaba no era precisamente sutil: se fijaba en un lado y luego en otro, en busca de una acompañante femenina y, al no encontrarla, la recorrió con la vista de pies a cabeza; desde el dobladillo empapado del vestido hasta la cabellera pelirroja, siempre encrespada.

—¿Y usted es...? —preguntó, arrastrando las palabras.

Se aclaró la garganta antes de contestar.

—He venido a la visita.

—¿La visita? —Al cabo de un momento, cayó en la cuenta—. Claro, la visita.

—Sí.

El individuo hizo una mueca con los labios que le pareció burlona.

—Entiendo.

Hattie cambió el pie de apoyo, algo azorada por el comportamiento de su interlocutor.

—Me he retrasado. Vengo de fuera de Londres, mi acompañante se sintió... indispuesta y, para terminar, el tráfico en Lyall estaba imposible debido a la lluvia. Las calles se encuentran...

—De acuerdo. Pues entonces pase —dijo, y se hizo a un lado al tiempo que la invitaba a entrar agitando la mano.

Estaba enfadado, se lo notaba. Los artistas, si eran hombres, tenían la prerrogativa de dejárselo claro a quien los interrumpía cuando estaban trabajando.

No apareció ninguna criada para recogerle la capa. De hecho, la casa parecía vacía del todo. Notó un cosquilleo de malestar en el vientre. El hombre de la cera iba ya varios pasos por delante de ella, y sus decididas pisadas resonaban sobre las baldosas blancas y negras del vestíbulo de entrada.

—¡Señor! —. Se apresuró a seguirlo. Tenía los dedos de los pies empapados.

Torció por un pasillo sombrío. A su izquierda pudo ver una fila de jarrones y estatuas que le llamaron la atención por su elegancia, pero fue incapaz de fijarse demasiado en ellas, ya que tenía que concentrarse por completo en no resbalarse, pues tenía las suelas mojadas. Más adelante, el hombre se detuvo ante una puerta abierta, y le hizo señas con la mano para que entrara. Pero Hattie dudó al llegar a la puerta, dado que, aunque la habitación estaba muy bien iluminada, no había ningún grupo realizando una visita. De hecho, no había nadie. El pintor movió de nuevo los dedos con impaciencia y señaló el sofá más cercano.

—Vamos, tome asiento.

Incluso desde allí distinguió que se trataba de un sofá estilo Luis XIV, así que, si se sentaba sobre la magnífica seda de color amarillo con la capa empapada, lo pondría perdido.

—¿Puede pedirle a alguien que recoja mi capa, por favor, señor...?

El pintor inclinó la cabeza haciendo un gesto burlón.

—Dentro de muy poco van a verla.

—Señor, debo rogarle que...

Le cerró la puerta en las narices, y ella se quedó allí, pestañeando frente a la madera blanca.

—De acuerdo —dijo el pintor, y ella se limitó a respirar hondo.

Era capaz de escuchar los latidos de su corazón en medio del silencio. Le caían goterones de sudor por la espalda. «Esto es peligroso», le decían sus instintos. «El señor de los bajos fondos». Ese fue el término que su amiga Lucie utilizó tras averiguar que su novio, lord Ballentine, había pedido prestado dinero al señor Blackstone hacía poco para comprar las acciones de la editorial...

—Una aventura —dijo—. Se trata de una aventura fabulosa.

Se volvió para echarle un vistazo a la habitación. Era la guarida de un pirata. Y sus tesoros se hallaban dispersos por doquier. Cada estantería, cada mesa que miraba rebosaba esplendor: figuras de porcelana, de Meissen, ahora que se fijaba; estatuillas de oro y marfil; cajas de madera tallada y pulida, de bordes suavemente redondeados y sombras verdes de jade... Algunas de las piezas estaban iluminadas por lámparas de mesa de una cerámica tan exquisita que las sombras se reflejaban como si estuvieran hechas de seda. El papel que decoraba la pared de enfrente era un abigarrado diseño floral de Morris... en realidad un desperdicio, pues estaba cubierto de cuadros de cielo a techo, tantos que los marcos dorados casi se tocaban.

—¡Oh, Dios mío! —Se le escapó una risa suave. Identificó un cuadro de Cranach el Viejo casi al lado de una escena de merienda campestre que parecía de Monet. Sin lugar a duda, mucho más interesante que cualquier cosa de los prerrafaelitas. Para su propia sorpresa, en ese momento las ascuas ardientes de la chimenea que estaba a su derecha fueron las que llamaron su atención. Mientras se trasladaba entre el despliegue de mesas auxiliares, todas ellas decoradas, la capa se le enganchó con una de ellas, lo que hizo que una de las bailarinas de porcelana se tambaleara precariamente sobre las puntas de sus pies. ¡Dios bendito! ¿Cómo se le podía ocurrir al señor Blackstone o a su asesor de arte colocar juntas todas estas maravillosas obras de arte, como quien coloca a los

invitados de cualquier manera en una cena de gala? ¿Y nada menos que en una estancia abierta al público?

Las brasas de la chimenea ya no calentaban gran cosa. Y su reflejo en el amplio espejo que estaba sobre la repisa también era decepcionante: la pluma púrpura que remataba su sombrero se le había mojado y parecía la cola de una rata, y el pelo, habitualmente sedoso, lo tenía hecho un desastre. Para terminar, la punta de la nariz le brillaba con un encendido color rosa. Si ese era el efecto que la breve pero intensa caminata había producido en su rostro, ¿cómo tendría las zapatillas? Asomó un pie entre las faldas para echar un vistazo. Talones delicados, seda blanca bordada con perlas de tamaño mínimo. Una elección de lo más inapropiada para un paseo, aunque en realidad se trataba de uno de sus pares favoritos. Que, era evidente, había echado a perder y no había arreglo posible. Se le cayó el alma a los pies.

Había sido culpa del profesor Ruskin. ¿Acaso la semana pasada no había calificado de «adorable» su *Rapto de Perséfone*? De no ser así, no habría tomado el tren esa mañana. Había sido el mejor elogio desde que iniciara sus estudios en Oxford el año anterior. Lo había dicho según pasaba, acompañado de un gesto de asentimiento, y después se había parado delante del caballete de lord Skeffington y lo había criticado a fondo, mientras ella afinaba el oído para captar el consejo acerca de cómo reforzar el goticismo en una pintura. En cierto modo, la idea de estudiar a fondo la *Ofelia* de Millais, que Blackstone había adquirido para su colección privada, había echado raíces durante la clase. Y tenía que confesar también que la tentación de poner los pies en el territorio de aquel hombre, el único ciudadano inglés que se atrevía a no atender las invitaciones a comer o cenar de su padre, había influido, aunque de forma mínima, en su decisión.

En ese momento, su atención, que actuaba siempre por cuenta propia, se centró en el par de vasijas verdosas y de vientre redondeado que se encontraban a los lados del reloj de la repisa. A primera vista pasaban desapercibidas; eran sencillas y terrenales, como un pariente pobre en un salón de baile ducal. No obstante... entornó los ojos para fijarse en la vasija que tenía más cerca. Sintió un escalofrío en la espina dorsal: estaba observando algo realmente extraordinario. Pero no podía tocarlo. No debía, de verdad. Se quitó el guante de la mano izquierda, se lo guardó en el bolsillo

de la capa y pasó el dedo índice por la superficie de la vasija. Con suerte, podría encontrar una marca que confirmase sus sospechas... si es que se atrevía a buscarla a fondo.

Tardó muy poco en tomar la decisión.

Agarró la vasija con ambas manos, con el mismo cuidado con el que se maneja un huevo fresco, y le dio la vuelta. Había una marca, sí. Se le erizó el fino vello del brazo. La discreta pieza que tenía entre sus manos era una vasija de la dinastía Han. Si era auténtica, tendría unos dos mil años. Se le llenaron las palmas de sudor.

—Yo no tocaría eso —dijo una voz grave y masculina.

Dio un salto y se encogió sobre sí misma, eso sí, manteniendo la vasija bien apretada contra el pecho.

Al mirar el espejo se quedó helada.

El pirata había regresado a su cueva.

Estaba tan absorta que no se había dado cuenta de su llegada. Seguramente la había estado observando un buen rato, con el hombro apoyado en el marco de la puerta que daba acceso a una habitación lateral y los brazos cruzados sobre el pecho, ancho. Se volvió despacio, apretando el estómago. Ni que decir tiene que no era un pirata, pero tampoco un hombre respetable: no llevaba levita ni pañuelo de cuello, y se había remangado las mangas de la camisa, dejando expuestos unos antebrazos fornidos y musculosos. El pelo, de color negro carbón, lo llevaba demasiado largo, y la piel de la mandíbula, recia, presentaba sombras de una barba incipiente. Pero lo menos civilizado de su figura eran los ojos, fijos en ella con una singular intensidad; eran capaces de enviar una corriente eléctrica hasta los empapados dedos de sus pies.

—Solo estaba... —A Hattie le falló la voz.

Cerró la puerta. Ella apretó la vasija con más fuerza todavía. Evidentemente lo habían enviado para acompañarla, pero estaba muy nerviosa, deseando marcharse de allí. El hombre se acercó a ella andando despacio, demasiado despacio, sin rozar siquiera ni una sola de las delicadas piezas que abarrotaban la habitación. Hattie estaba inmóvil, como un conejo asustado, y así se quedó cuando se detuvo a un paso de ella.

Era un hombre impresionante. Los contrastes de color concentraban toda la atención, y no podía apartar la mirada de los ojos de él: los tenía duros y grisáceos como la pizarra, y las cejas y las pestañas negras como la

tinta. Todo el conjunto quedaba enmarcado en una tez pálida. Eran unos rasgos muy masculinos, bastante simétricos, salvo la nariz; debieron de rompérsela en alguna ocasión. Tenía el aspecto atemporal de un hombre que ha vivido demasiado, demasiado pronto.

Siguió mirándola mientras deslizaba dos dedos de la mano derecha para agarrar la vasija. Vasija que ella seguía sujetando como una ladrona a la que hubieran descubierto en pleno hurto.

—¿Por qué no me da eso?

Se ruborizó de forma extrema al tiempo que soltaba la preciosa pieza de cerámica. Tenía varios hermanos, había estudiado y crecido con ellos, y nunca se había quedado callada en su presencia. De hecho, jamás se quedaba callada, casi nunca. Pero cuando el hombre volvió a colocar la vasija en su sitio, junto al reloj de la repisa de la chimenea, pudo aspirar su aroma, una atractiva mezcla de jabón de pino y algodón fresco; un aroma a limpio que no encajaba con su aspecto desaliñado, y no supo adónde mirar. También notaba en todo su ser lo cerca que estaba de ella y lo masculino que era. Un poco más alto que la media; las mangas de algodón de la camisa que vestía, suaves, le caían desde los hombros y se ajustaban a la musculatura de sus brazos, poniendo de manifiesto de forma impúdica sus formas. Así que Hattie decidió volver a mirarlo a la cara, justo en el momento en que él inclinaba la cabeza. Los ojos de ambos coincidieron en un punto de la inspección mutua. En la parte superior del labio derecho tenía una pequeña cicatriz. A ella se le quedó la boca seca. Seguro que fue debido a la luz, pero le pareció que el iris se le oscurecía.

—No era mi intención tocarlo —dijo en voz baja y delicada.

Hizo un mínimo gesto irónico, que no logró suavizar la dureza del gesto de su boca.

—¿Con quién tengo el placer de hablar, señora o señorita...?

—Señorita. Soy la señorita Jones. —El tono resultó de lo más antinatural. Le brillaron los ojos al escuchar aquella mentira.

—¿Y a qué se debe su visita, señorita Jones?

Era escocés. Pronunciaba las erres como si fueran suaves rugidos. Eso explicaba que tuviera la piel clara y el pelo rizado y oscuro, su origen celta. Aún más llamativo resultaba el calor que emanaba de su cuerpo, bastante más intenso que el de las brasas de la chimenea. Hattie lo sabía porque estaba muy cerca de ambas fuentes. Demasiado cerca. El desconocido

apoyaba ahora la mano derecha sobre la repisa, muy cerca de su hombro, bloqueando así cualquier vía de escape a su izquierda.

Se pasó la lengua por los labios, nerviosa. ¿Qué a qué se debía su visita?

—Pues, precisamente... el recorrido completo.

Notó cierta tensión en los hombros del desconocido.

—¿Está usted segura de eso?

—¡Naturalmente! Le agradecería mucho que...

Acercó la mano derecha a su cara y le tocó la mejilla de manera muy leve con la punta del dedo índice.

La estaba tocando... ¡Un hombre la estaba tocando!

El mundo se detuvo. Tenía que gritar. Abofetearlo. Pero el cuerpo no la obedeció. Permaneció de pie, inmóvil, mientras el aire que había entre ellos crepitó, anunciando que estaba a punto de suceder algo inmenso.

El color gris de sus ojos era tan suave y amenazante como el humo de un incendio.

—Fantástico —murmuró—. Pues seré yo quien la acompañe en la visita, señorita Jones.

Le colocó la mano en la nuca y, un instante después, la besó.

Capítulo 2



«**T**iene los labios tan suaves...». Solo se dio cuenta de que una boca suave y cálida presionaba sobre la suya; se había quedado helada, estupefacta, y no se dio cuenta de nada más. La barba incipiente de aquel hombre le había rozado la piel de la barbilla. Y la lengua... húmeda, presionándole los labios, exigiendo entrar... Echó la cabeza hacia atrás, abrió la mano derecha, la echó hacia atrás para tomar impulso, y luego le dio un bofetón en la mejilla. El ruido que hizo fue seco, como el de un disparo. Al ver que lo había golpeado con tal fuerza que el hombre hasta había vuelto el cuello a un lado, soltó un grito breve y agudo.

El individuo se estremeció. Era como si no se creyera que le hubieran propinado semejante bofetón, y al cabo de un instante la miró con los ojos entrecerrados.

—Me da la impresión de que usted no ha venido aquí para... la clase de «visita» en la que yo estaba pensando —dijo él con tono grave y, para ella, algo siniestro.

Hattie dio un paso atrás para ponerse fuera de su alcance. Tenía el corazón desbocado.

—¡No me toque!

La falda se le enganchó en algo, que cayó en el parqué y luego se rompió. Resbaló con el pie izquierdo y notó un dolor agudo y caliente en el tobillo que la obligó a gritar.

El individuo musitó un juramento y avanzó hacia ella.

—¡No se me acerque!

Aquella advertencia cayó en saco roto, pues vio cómo los hombros anchos y musculosos de aquel hombre se cernían sobre ella. Miró a los lados

por un instante. Estaba a medio camino de la puerta. Pensó en pedir socorro, pero ¿habría alguien que pudiera ayudarla en aquella enorme casa vacía?

Otro ruido de cristal roto.

—Señorita...

Sin mirar, agarró algo de la mesa auxiliar que tenía a mano y lo blandió como un florete.

—Quédese donde está, o se lo clavaré.

Esta vez sí que la escuchó. Con los ojos fijos en el arma improvisada, se detuvo y levantó las manos despacio, con las palmas abiertas hacia delante, como si estuviera calmando a un caballo encabritado... ¡cómo si fuera ella quien estuviera loca en aquella estancia!

—De acuerdo, de acuerdo... —dijo—. Pero baje eso, por favor.

Hattie se dio cuenta de que tenía en la mano la bailarina de puntillas que había estado antes a punto de derribar.

—Es una pieza única —añadió el individuo.

—Lo sé —espetó—. Meissen. Además, una edición limitada de 1714.

Le brillaron los ojos por la sorpresa, pero solo durante un segundo.

—Así que está de acuerdo en que no debería destrozarse en aras de un dramatismo innecesario.

—¿Dramatismo? —gritó de lo furiosa que estaba—. ¡Caballero, usted acaba de forzarme!

—Un malentendido deplorable —dijo, aunque en realidad no parecía deplorar mucho lo que había hecho.

Hattie agitó la bailarina delante de él.

—El señor Blackstone tendrá noticias acerca de su comportamiento deplorable.

Hizo una mueca con la boca.

—No me cabe la menor duda. Señorita Jones, ¿por qué no toma asiento? —Hizo un gesto señalando el tobillo escondido entre las faldas—. Me da la impresión de que se ha hecho daño.

El pirata no tenía por qué pensar o aludir a ninguna parte de su anatomía, pero, por supuesto, pretendía añadir más referencias insultantes mencionando el tobillo que se había torcido. Además, cada vez la miraba más enojado, como si fuera un depredador que se preguntara por qué iba a dejar que su presa le diera órdenes.

Al dar un paso hacia la puerta volvió a sentir un intenso dolor en el tobillo. Se movió de lado, como los cangrejos, ya que no quería perderlo de vista en ningún momento. Se tranquilizó mucho al llegar al pasillo: el pintor desaliñado y un joven caballero muy delgado y con un bigote de lo más respetable se encontraban a pocos pasos de ella, mirándola un tanto alarmados.

—¡Gracias a Dios! —Se precipitó hacia ellos—. Les ruego que me ayuden. Ahí hay un individuo —señaló hacia atrás con el pulgar por encima del hombro— que me temo que no está actuando como un caballero.

El joven y el pintor intercambiaron una mirada de recelo. Hattie pensó que tal vez la hubieran oído gritar. De hecho, estaban muy cerca de la puerta. Y, sin embargo, no habían entrado a ver lo que estaba pasando. Le dio un vuelco el corazón al caer en la cuenta. ¡Por supuesto! Había ido allí sin que nadie la acompañara. La capa que se había puesto para ir de incógnito la había sacado de un baúl de la guardería lleno de disfraces. En esos momentos no era Hattie Greenfield. De hecho, ni siquiera era una joven que llevara una carabina, como correspondía. La ausencia del nombre de su padre la golpeó con helada fuerza, como si hubiera perdido una coraza invisible que la hubiera dejado inerme ante una multitud. En esos momentos, en realidad no era... nadie.

Miró al joven rubio, que, aunque tímido, parecía poder estar mucho más inclinado que el pintor a ayudar a una damisela en apuros.

—Por favor, caballero, necesito un brazo en el que apoyarme...

La atención de su interlocutor pasó de centrarse en su cara a un punto por detrás de ella, por lo que supo que el bárbaro estaba en el pasillo. Podía sentir la oscura energía flotando a su alrededor.

—Y si pudiera pedir un coche de punto para mí se lo agradecería infinitamente —añadió de inmediato.

—No tan deprisa —espetó la infame voz.

—También debe informar al señor Blackstone de que tiene un empleado que acosa bajo su techo a las invitadas a su casa.

El joven rubio abrió los ojos, muy alarmado.

—Eh... —cloqueó. Al parecer las palabras se le quedaban en la garganta—. Señorita...

Al darse cuenta de lo que estaba pasando en realidad, se quedó con la boca abierta. Cerró los ojos.

—Es la persona que está detrás de mí, ¿no es cierto? —preguntó—. El señor Blackstone...

—En efecto, es él —dijo el joven con tono de disculpa.

La verdad es que a veces se comportaba como una estúpida. La identidad del escocés tenía que haberle resultado evidente en el momento en el que entró en aquella estancia como si le perteneciera. O por lo menos, en el momento en el que se propasó con ella junto a una vasija Han como si fuera lo más natural del mundo. Todas las cosas horribles que había oído acerca de su persona eran ciertas, sin lugar a duda.

Un tirón de la estatuilla le recordó que seguía teniéndola en la mano.

Aunque en ese momento ya no le servía de nada.

Ante sí tenía a Blackstone, cuyo brutal semblante la contemplaba con intensidad. Tenía la bailarina en la mano derecha, y la sujetaba por el cuello como si quisiera ahogarla. Belcebú. Uno de los hombres de negocios más acaudalados, despiadados y con peor reputación de Inglaterra y, si hacía caso de lo que se rumoreaba, el que había llevado a la ruina financiera a no pocos nobles. No parecía que aquella cara sonriera nunca, ni tampoco aquellos ojos; aquella nariz rota y aquella complexión recia como la de un toro de lidia, lo decían. De hecho, todo lo que veía hacía que Hattie pensara que aquel individuo debía de divertirse lanzando piedras enormes por puro deporte. Muy poca gente lo había visto; de hecho, era una especie de fantasma inaprehensible. Y a ella la había besado. Sintió una oleada de calor en el cuello. Su padre la encerraría en un convento...

En ese preciso momento, creyó notar un mínimo brillo en los ojos de Blackstone como si la entendiera, y, de inmediato, dejó de poner cara de enfado. Dio un paso atrás e inclinó la cabeza.

—Blackstone, a su servicio. Mi ayudante, el señor Richard Matthews. —Le pasó la estatuilla al caballero rubio, pero sin dejar de mirarla ni un momento. No presentó al pintor desaliñado.

—Señorita Jones —se presentó Hattie con voz tensa.

—Eso dijo usted antes.

El acento escocés había desaparecido por completo, pero no el sarcasmo, que seguía siendo más que evidente. Lo había conocido hacía apenas unos minutos, pero le habían bastado para darse cuenta de que era una de las personas menos refinadas con la que se había cruzado. Y, además, sabía

que ella estaba mintiendo. Tenía que marcharse antes de que llegara a averiguar su verdadera identidad, ya que en caso de que lo hiciera, aquella desacertada visita llegaría sin duda a oídos de su padre.

—Y bien, señorita Jones —dijo Blackstone—, ¿a qué visita dice que había venido?

Hattie negó con la cabeza.

—En este momento, lo que deseo es marcharme.

De nuevo frunció el ceño.

—Prefiero no causarle más molestias —probó. De no ser porque le dolía el tobillo, y porque se había puesto una falda estrecha y tenía los zapatos echados a perder, hubiera salido corriendo de allí.

El señor Matthews emitió un sonido de falso disgusto.

—Me temo que la visita a la que se refiere se canceló.

Blackstone, sorprendido, volvió la cabeza de inmediato para mirar a su asistente, que retorció las manos de puro nerviosismo. Por el contrario, Hattie sintió un gran alivio. Al menos no se había equivocado ni de lugar ni de día.

—¿Así que era verdad que había una visita programada? Había empezado a pensar que todo era cosa de mi imaginación —dijo Hattie.

Matthews procuraba por todos los medios evitar la mirada de su jefe.

—Sí, así es. Ayer mismo envié todas las notas de cancelación. Ha llovido con intensidad y de manera continuada y se ha producido una gotera en el tejado de la galería principal, por lo que algunas de las obras de arte expuestas han resultado afectadas.

—Espero que no la *Ofelia*...

Los tres se volvieron a mirarla muy sorprendidos.

—Había venido a ver el trabajo de los prerrafaelitas —dijo dirigiéndose al señor Matthews—. Y, en particular, la *Ofelia*.

—La *Ofelia* está en perfectas condiciones —dijo de inmediato para tranquilizarla.

Así se explicaba la presencia del pintor, que se encontraba detrás de Blackstone con cara de aburrimiento. Lo más probable era que fuese el encargado de restaurar los cuadros dañados. Pero no podía entender por qué el señor Blackstone la había avasallado de aquel modo. La única manera de explicar semejante conducta era que el hombre la hubiera tomado por una de sus queridas... Notó que se ponía pálida.

El señor Matthews no paraba de aflojarse el nudo del pañuelo.

—Mis más sinceras disculpas, señorita Jones. Puede que haya habido una confusión en la oficina de correos.

—No se preocupe, por favor. —Forzó una sonrisa para intentar tranquilizarlo. Por lo que sabía, el servicio postal funcionaba como un reloj. La carta de cancelación podría haber llegado a su colaboradora en Cambridge y, por alguna razón, a la señorita Jones igual no le había dado tiempo a comunicarle a tiempo la cancelación de la visita. Además, esa mañana Hattie no había revisado su taquilla en Oxford, más preocupada por la forma de dar esquinazo al señor Graves en las galerías de la Universidad de Oxford.

—Matthews —intervino abruptamente el señor Blackstone—. Dígale a Nicolás que lleve a su casa a la señorita Jones.

Hattie dio un paso atrás.

—Gracias, pero eso no es ni mucho menos necesario.

Le lanzó una de sus oscuras miradas.

—Sí que lo es.

El señor Matthews ya se había puesto en marcha por el pasillo con un caminar desgarbado.

—Es muy amable de su parte —dijo dirigiéndose al señor Blackstone—, pero solo necesito ayuda para tomar un coche de punto.

—Mi carruaje es más rápido y confortable, y está esperando en la parte de atrás.

Negó con la cabeza. Una vez más, el corazón le latía con una fuerza poco habitual.

—No quiero causarle ningún inconveniente, caballero.

—Ya que lo pone usted así, señorita Jones, no tengo más remedio que serle franco —dijo hablando despacio—. Puede que no haya llegado a sus delicados oídos, señorita, pero tengo cierta reputación. —Hizo un gesto con la cabeza como queriéndole decir que menudo aspecto tenía, llena de barro y desaliñada—. Y si a usted le interesa mantener la suya, creo que sería mejor que no saliera de mi casa por la puerta principal y sin compañía.

Hattie no pensaba que le fuera posible ponerse más colorada, pero así fue. Había recibido una lección de decoro de un personaje sin educación, y que, como poco, se había merecido. De hecho, era el colmo de la humillación para una joven como ella. Alzó la cabeza como pudo.

—De acuerdo.

El señor Blackstone abrió la boca sonriendo por primera vez; tenía los dientes blancos inmaculados y fuertes. Eso sí, el canino izquierdo se le veía muy astillado, siguiendo la línea de la cicatriz que le partía el labio superior. Se la quedó mirando y empezó a bajarse las mangas de la camisa, puede que en un intento tardío de mejorar su aspecto. No obstante, la visión del tejido arrugado y la ausencia de puños tuvo el efecto contrario. Con toda probabilidad, un hombre tendría ese aspecto desastrado tras un encuentro ilícito. Miró hacia otro lado al tiempo que se le hacía un extraño nudo en la garganta. Todavía sentía un hormigueo en los labios tras el beso; la palma de la mano izquierda aún le dolía tras el golpe que le había propinado en la mejilla. El tobillo le dolía horrores. Si la forma más rápida de huir de aquella casa hubiera sido a lomos de un burro, no hubiera dudado ni lo más mínimo en subirse a él.

Capítulo 3



Un presentimiento le recorrió la espina dorsal mientras veía a su carruaje integrarse en el denso tráfico de Londres, transportando a su pelirroja ocupante. Y era extraño, ya que Lucian Blackstone hacía tiempo que había dejado de creer en el destino. Prefería forjárselo por medio de sus propias intrigas y maquinaciones.

—Es una de las hijas de Greenfield, ¿verdad? —preguntó.

Había caído en la cuenta mientras la miraba la cara en el pasillo, cuando había dejado por fin de tropezar, gritar y destrozar antigüedades. Puede que eso explicara la atracción visceral que había sentido nada más poner los ojos en ella; una sensación que todo ladrón experimentado y de provecho conocía tras fijar la vista en algo muy valioso.

—Eso creo, señor. —Matthews parecía más nervioso de lo normal—. Pelirroja, de baja estatura, rolliza...

—Tengo ojos, Matthews. Y tú... —Se volvió hacia Renwick, que se había acercado a espiarlos en lugar de volver al trabajo, que era lo que le tocaba—, ¿se puede saber por qué has pensado que había venido aquí a follar?

Renwick se rascó la cabeza casi con saña.

—¿Porque venía sin carabina?

—Esa es una condición necesaria pero no suficiente, estúpido.

—Y porque tengo entendido que muchas damas le buscan para darse un revolcón de vez en cuando...

—¿A plena luz del día? —gruñó Lucian—. ¿Y por la puerta principal? Pero bueno, Renwick, te lo voy a poner cristalino: incluso si fuera la gran ramera de Babilonia la que llamara a mi puerta en pleno Apocalipsis, haz el puñetero favor de no permitirle el paso.

Hacía bastante tiempo que no utilizaba las vocales cortas escocesas que empleara en su juventud ni las expresiones malsonantes acompañadas de elaboradas referencias bíblicas. Junto a él, Matthews se removía incómodo.

—¡Menudo escándalo ha montado! —insistió Renwick, terco—. Ha golpeado la puerta como si la persiguiera un regimiento... —Sintió un estremecimiento en la espalda. Odiaba el ruido.

Lucian entrecerró los ojos y lo miró de un modo avieso.

Renwick captó por fin el mensaje.

—Bueno, bueno, de acuerdo —susurró—. Nada de visitantes.

—Eso es —zanjó Lucian, dejándolo ahí. Aunque Renwick era el tipo de individuo capaz de dejar pasar espías a su casa sin darse cuenta, su talento como pintor lo convertía en la única persona de toda Inglaterra capaz de restaurar de forma discreta un lienzo de quinientos años de antigüedad.

Una vez que el enfurruñado artista se hubo marchado, se volvió hacia Matthews.

—Dígame una cosa: ¿cuándo exactamente autoricé visitas a la galería abiertas al público en general?

Su ayudante parecía estar a punto de salir huyendo.

—Hace unos dos meses, señor —contestó—. Fue una de las medidas encaminadas a... relanzar su reputación.

—¿Dos meses? —Hizo memoria y, mira por dónde, se acordó de la lista de medidas. Vagamente. Matthews se la presentó en el momento que emergió de su semana anual de estupor etílico, su semana de vergüenza, que terminaba con un tremendo mal humor y un no menos horrible dolor de cabeza.

—Matthews.

El aludido abrió los ojos alarmado. Lo suyo era un sinvivir.

—¿Sí?

—Tengo dificultades a la hora de entender por qué el hecho de tener ricachones husmeando en las piezas de mi colección de arte podría ayudarme a tener un asiento en la Cámara de los Comunes.

Matthews se pasó los dedos índice y pulgar por el bigote antes de hablar con cierto recelo.

—La filantropía es un camino sinuoso —dijo sin dejar de alisarse el mostacho de forma casi compulsiva—. Es una estrategia gradual, e incluye diversas actividades, como invitar al público a visitar su colección de arte. Patrocinar las artes...

—Sé lo que es la filantropía, gracias. Elimine cualquier actividad que suponga meter gente en mis propiedades. Y ahora pare un coche de punto para ir a Belgravia, usted y yo. Y piense. Quiero saber todo lo que usted sepa acerca de la joven Greenfield.

Los poco más de tres kilómetros del viaje a su casa transcurrieron con lentitud. Las calles estaban muy mojadas y llenas de restos arrastrados por la intensa lluvia caída, que las alcantarillas no habían podido absorber, así que las calles habían quedado llenas de basura. Los carruajes y carretas avanzaban despacio, impidiéndose las maniobras unos a otros e interrumpiendo la circulación. Las ventanillas, llenas de vaho, no dejaban ver con nitidez el exterior, y las puertas no aislaban lo suficiente como para evitar que el nauseabundo olor que llegaba de fuera penetrara en la cabina. Una pena que su amplio, cómodo, siempre limpio y magníficamente conducido carruaje estuviera sirviendo ahora para transportar herederas obstinadas y caprichosas.

Matthews estaba sentado frente a él, con el ceño fruncido de pura concentración.

—Si se trata de su hija mediana, debe tener unos veinte años. En cualquier caso, aún no es mayor de edad, eso seguro.

—¿Está comprometida? Sé que la mayor está casada.

Matthews negó con la cabeza.

—Que yo sepa, no está prometida formalmente con nadie. Lo más probable es que se trate de aquella a la que se le ha permitido ir a Oxford... una de las hijas de Greenfield estudia con Ruskin.

Así que era una de esas que empezaban a llamarse «nuevas mujeres». Una mujer que tenía opiniones propias. Una intelectual sabelotodo. En tal caso, el paseíto sin carabina ni guardaespaldas y su cuento acerca de que su deseo era visitar la galería de arte en lugar de espiarlo podrían ser ciertos. Pero la vieja y extraña capa con la que se cubría ¿qué sentido tenía? En ese momento se dio cuenta de que se estaba acariciando el labio inferior con la yema del dedo índice, como si la joven le hubiera dejado algo ahí. Una boca muy suave. Le había parecido dulce, una mezcla de sabor a té azucarado mezclado con la lluvia que le había empapado la cara. Y su aroma se había pegado a él, cada vez que se movía seguía captando cierto olor a rosas. En el momento en que la vio tendría que haberse dado cuenta de que Renwick había metido la pata hasta el fondo:

aquellos grandes ojos marrones no transmitían el menor rastro de astucia ni de segundas intenciones. Aunque puede que sí que se hubiera dado cuenta, pero de todos modos quiso ceder a la tentación. Pese al paso de los años, los tesoros todavía seguían ejerciendo sobre él un fuerte magnetismo.

—Greenfield no debería dejarla tan libre, es una locura —dijo, más para sí que para Matthews, siempre más metomentodo de lo que debería.

Supuso que Julien Greenfield, fundador, dueño y patriarca del banco familiar más grande de Gran Bretaña, en esos momentos tendría demasiadas cosas de las que ocuparse como para estar al tanto de las idas y venidas de su prole. En esos momentos estaba enfrascado en unas inversiones en España, gracias a que el recientemente repuesto monarca de Madrid había introducido novedades en la legislación bancaria, con las que pretendía reformar la economía heredada del antiguo régimen absolutista. Además, no hacía mucho que lo habían expulsado de las inversiones en el ferrocarril de la península Ibérica. Sí, los hermanos Pereire, financieros franceses que se las tenían tías incluso frente a jefes americanos como Rostchild. Lucian se imaginaba que ese había sido el motivo por el que el banquero le había cursado dos invitaciones a comer casi seguidas, pese a que no habían sido presentados. Él hacía mucho que había reducido sus operaciones en el mercado español, y ahora solo poseía pequeñas inversiones en compañías de ferrocarriles, la más importante el treinta por ciento del conglomerado de empresas de la vía Plencia-Astorga. Seguro que Greenfield lo sabía. Puede que fuera el momento de vender esa inversión en España, para así dar un empujón a sus planes de futuro.

—Matthews, recuérdeme otras acciones benéficas que estén en esa lista de la que hablaba.

Para variar, su asistente se puso tenso como un colegial al que el profesor saca a la pizarra y no se ha preparado la lección lo suficiente. A veces, Lucian olvidaba que, a sus treinta años, Matthews era un año mayor que él. Lo cierto es que se sentía varias décadas mayor que él.

—Le recomendé que revelara su nombre en las actividades caritativas que realiza y apoya —dijo Matthews—. Por ejemplo, el hospital de York dejaría de existir si no fuera por su apoyo financiero. Deberíamos hacer público que es usted el benefactor único antes de que termine la temporada.

Lucian gruñó.

—La caridad funciona mejor sin que mi nombre la enturbie, estoy seguro de ello.

—Por eso seleccioné las causas con mucho cuidado: dado que al hospital solo van los desposeídos, ¿quién iba a criticarlo?

Nadie, porque ninguna persona perteneciente a la alta sociedad tiene el menor interés en un hospital que ayude a los desheredados.

—De acuerdo —dijo—. Puede hacer público mi nombre.

Matthews pareció alegrarse. Seguramente su lista se habría reducido significativamente tras eliminar las visitas a la galería y otras cuestiones similares. Seguramente en cuanto llegaran a Belgravia se retiraría a sus habitaciones a tocar una y otra vez la misma pieza con la flauta travesera. Era la forma que tenía de relajarse.

No es que lo que le proponía Matthews fuera una tontería, no del todo. Lo que pasaba era que sospechaba que no serviría de casi nada, y que, siendo así, no merecía la pena el esfuerzo. A lo largo de los meses anteriores había procurado cambiar su forma de comportarse: había vendido deuda a personajes menos intransigentes y malvados, y hasta había perdonado por completo una de ellas; algo sin precedentes en su historial. Y hasta ese momento, no había visto que eso sirviera de nada. Por ejemplo, no le habían invitado a visitar el Tesoro Público, que hubiera estado bien para hacerse una idea de cómo manejaba los hilos.

—Señor, creo que hay una cosa que podría hacer, y que supondría un beneficio inmediato para su reputación.

—Soy todo oídos.

Su asistente miraba a un punto localizado en su hombro derecho, en lugar de hacerlo a los ojos.

—Podría dejar de atormentar a lord Rutland.

La sola mención de ese maldito nombre hizo que sintiera un frío helador en el pecho.

—Jamás —dijo en voz baja y sin inflexión alguna.

A Matthews se le quedaron los labios pálidos. En fin, no lo torturaría, mejor mirar por la ventanilla, que estaba bastante sucia, por cierto. Los jovenzuelos inanes y afeminados hacían que le hirviera la sangre. Además, estaba seguro de que también desagradaba al mismísimo Matthews. El tipo era el cuarto hijo de un barón, es decir, su posición en la jerarquía de

la nobleza no era gran cosa, y eso significaba más o menos lo siguiente: pobreza. Sin embargo, se consideraba a sí mismo de alcurnia. Así que, de manera insistente, mantenía sus modales de noble y vestía chalecos de seda, levita y pantalones de muchos colores. Además, cómo no, en todas las bufandas lucía el escudo de armas familiar. Solía hacer comentarios apenas audibles en lo que presuntamente era latín, y sus dedos, largos y pálidos, demostraban que apenas habían hecho otra cosa en la vida que sujetar flautas o un montón de cartas siempre perdedoras. Sí, por supuesto: odiaba tener que obedecer órdenes de un tipo como él. Incluso a pesar de que ese tipo hubiera sido quien lo hubiera sacado de una mugrienta celda de la cárcel de deudores.

Llegaron a su residencia de Belgravia con mucho retraso. La casa los recibió con su fría calma habitual, debido a que se habían mantenido todas las ventanas cerradas durante el diluvio que había caído y la ventolera que lo acompañó. Las lámparas de gas de las paredes cobraron vida y bañaron de apagada luz amarilla la cavernosa habitación. La luz de gas apenas ponía de manifiesto los colores de las alfombras persas que cubrían el suelo ni las pilas de periódicos de economía y científicos que ascendían en una especie de competición por ver cuál era la primera en alcanzar el techo. La luz de gas no era buena, no brillaba y apenas iluminaba. Tenía que ponerse muy cerca del mapa económico que cubría la pared oriental para poder discernir los diferentes colores de las líneas que ponían de manifiesto los flujos económicos entre Europa y la Costa Este de Estados Unidos. Y se dejaba los ojos estudiando las notas, apretujadas unas con otras, que aclaraban las políticas fiscales británicas, que él había pinchado con chinchetas en la pared de detrás de su escritorio. Tan pronto como Edison demostrara que sus lámparas y la corriente eléctrica podían funcionar sin peligro en viviendas y oficinas, se desharía de la luz de gas en todas sus casas.

Pero en esos momentos, el asunto que más le apremiaba era lo que concernía a la hija de Greenfield.

Apoyado en el escritorio, fijó la vista en el mapa de flujos económicos que tenía delante: docenas de líneas que representaban préstamos, acciones y movimientos de beneficios surgían de una de las notas clavadas, en la que se podía leer el nombre de Greenfield. Esos flujos se dirigían a o procedían de distintos países, instituciones e industrias. El mapa demostraba que Greenfield estaba pisando arenas movedizas en España. Sin una mayoría

manejable en una de las compañías punteras de ferrocarril, tendría que conformarse con quedar relegado a la segunda fila en ese emergente mercado. Y una persona como Greenfield nunca se conformaba con el segundo puesto.

Salvo el ligero zumbido del aire procedente del conducto de ventilación, en el despacho reinaba un silencio denso. Podía venderle sus acciones a Greenfield. Pero en el momento en el que la transacción se completara, el banquero perdería el interés por él. Los vínculos de negocios eran así de frágiles: se podía confiar en ellos solo mientras se pudieran esperar compensaciones en un futuro próximo. Esa era la razón por la que no había atendido las invitaciones del banquero. Potencialmente podían servir para hacerse con un sitio en la mesa, pero no estaba seguro de cómo convertir eso en una palanca para sus negocios actuales y, sobre todo, los futuros. Si deja de haber peso que elevar, una palanca no sirve de nada. Lo que él quería era tener un lugar prominente en la mesa. Le había costado bastante tiempo entender que la riqueza que había atesorado no le serviría para comprar los cambios que tenía en mente. Había aprendido que el dinero era una criatura bestial, sí, pero absolutamente diferente del poder. El poder lo ejercía la alta sociedad desde la fortaleza herméticamente cerrada de las experiencias compartidas en Eton, Oxford y Cambridge, los matrimonios estratégicos y las leyes y normas del traspaso de riqueza al heredero. La acción política se ejercía en salones traseros privados, después de las cenas o durante viajes compartidos. Independientemente de los castillos en ruinas y las haciendas improductivas, esos círculos endogámicos seguían considerando el dinero por debajo del apellido y de las relaciones familiares. Sin embargo, Julien Greenfield había conseguido poner una pica en Flandes, y ya asomaba la cabeza por ellos. Un siglo después de que su familia se estableciera en Inglaterra, su dinero ya había dejado de ser «dinero nuevo», y sus posesiones ya no eran bienes de un simple burgués.

Se volvió a sentar al escritorio y tomó la pluma. Sí que había un camino completamente distinto para llegar a esos sagrados círculos. Aún no tenía claros los aspectos específicos del plan, pero los músculos se le habían empezado a tensar con esa resuelta impaciencia que siempre sentía al olfatear una inversión ganadora. Lo tenía claro: invertiría su dinero en la «señorita Jones».